

sitar los enfermos en los hospitales, ó los pobres vergonzantes de tu parroquia en sus casas, dar ciertas limosnas secretas, y visitar á ciertas horas del día el Santísimo Sacramento. Séptimo: Sé puntualísimo en el cumplimiento de ciertas devociones particulares, que debes rezar á la santísima Virgen, siendo constante en ellas con la mayor perseverancia. Ninguno de estos santos ejercicios has de dejar, porque fomentarán admirablemente tu fidelidad.

DIA XXIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRANSITO DE LOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO, en Roma, los cuales en un mismo año y en un mismo día padecieron el martirio siendo emperador Neron: SAN PEDRO fué crucificado cabeza abajo en la misma ciudad, y lo enterraron en el Vaticano, junto á la via Triunfal, en donde le venera todo el mundo: SAN PABLO fué degollado y sepultado en la via Ostiense, donde es igualmente venerado. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN MARCELO, mártir, en Argenton; el cual por la fe católica fué degollado juntamente con SAN ANASTASIO soldado.

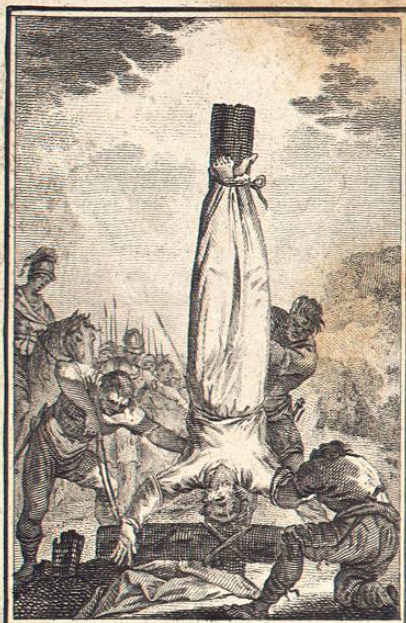
EL TRANSITO DE SAN SIRO, obispo, en Génova.

SAN CASIO, obispo de Narni, en la misma ciudad; del cual escribe S. Gregorio, que apenas pasó día alguno de su vida en que no ofreciese al omnipotente Dios la hostia propiciatoria: con lo cual concordaba su modo de vivir, pues cuanto tenia lo repartía entre los pobres; y cuando ofrecía el sacrificio de la misa se derretía en lágrimas: finalmente el día de la festividad de los santos Apóstoles, en que por costumbre pasaba todos los años á Roma, habiendo celebrado la misa y dado la comunión al pueblo, despues de echarle la bendicion voló al Señor.

SANTA MARÍA, madre de Juan llamado Marcos, en Chipre. (De esta santa discipula del Señor no se tienen mas noticias que las que nos da S. Lucas en las Actas de los Apóstoles, diciendo: «Y mientras que Pedro era guardado en la cárcel la Iglesia hacia sin cesar oracion á Dios por él... Y he aquí sobrevino el ángel del Señor y tocando á Pedro lo despertó y le dijo: Levántate pronto; y cayeron las cadenas... y salió... y Pedro fué á casa de Maria la madre de Juan, que tenia por sobrenombre Marcos (diverso de Juan el Evangelista) en donde estaban muchos congregados y orando.» Conjeturan algunos no sin fundamento que fué esta Santa otra de las mujeres que siguieron siempre á Jesucristo, al cual hospedó en su casa diferentes veces. Despues de la Ascension del Señor se fué á Chipre con S. Bernabé, y murió en esta isla á fines del primer siglo.)

SANTA BENITA, virgen, en territorio de Sens. (Algunos suponen que vivió en Cádiz.)

SAN PEDRO Y SAN PABLO, APÓSTOLES.



S. PEDRO
PRINCIPE DE LOS APOSTOLES.

SAN Pedro, principe de los apóstoles, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, columna inmóvil de la fe, como habla el concilio Efesino, piedra y basa de la religion, como se explica el Calcedonense, vicario de Jesucristo en la tierra, cimero, dice S. Agustin, sobre que se fundó, y sobre que subsiste la santa Iglesia; se llamaba Simon antes de su vocacion al apostolado. Fué de Bethsaida, pueblo pequeño de Galilea en la orilla del lago de Genesareth, hijo de Jonás ó Juan, de condicion muy oscura, pescador de profesion, pero hombre de mucha bondad. No se sabe de cierto el año de su nacimiento; solo es muy verisimil que era de mas edad que el Salvador.

Habiéndose casado en Cafarnaum, puerto entonces el mas célebre de aquel gran lago, llamado en todo el país el mar de Tiberiades, hacia en él su residencia en compañía de su hermano Andrés. Era este discípulo del Bautista, y habiendo visto á Jesus, de quien habia oido decir á su maestro que era el verdadero Mesias, dió esta noticia á su hermano Simon, diciéndole: *Vi al Mesias, y le hablé.* Simon, que era de natural vivo y ardiente, y que lleno de religion suspiraba por la venida del Mesias, no dejó sosegar á su hermano hasta que le llevó á ver al Salvador. El dia siguiente fueron juntos á buscarle, y apenas descubrió á nuestro Santo el Hijo de Dios, cuando le dijo con una particular bondad, que manifestaba bien no sé qué especial amor: *Simon, hijo de Jonás, así te has llamado hasta ahora; pero en adelante quiero que te llames Cephas, que quiere decir Pedro.* Quedáronse los dos hermanos con el Salvador todo aquel dia, y desde el mismo se declaró Pedro por uno de sus mas fervorosos discípulos. Vuelto á su casa, ganó para Jesucristo á toda su familia, y aunque proseguia en su ordinario ejercicio de pescar, se pasaban pocos dias sin que viese al Salvador, y se tiene por cierto que se halló presente en las bodas de Caná, cuando el Señor hizo el primer milagro.

Pero aun no habia dejado ni su oficio ni su casa, hasta que volviendo Cristo de Jerusalem, le encontró con su hermano Andrés á la orilla del lago levantando sus redes. Entró el Señor en el barco, y dijo á Pedro que le llevase mar adentro á cierto sitio mas profundo, que allí echarian un buen lance. *Maestro, le respondió el Santo, toda la noche hemos afanado inútilmente, sin haber cogido una escama; pero pues vos lo mandáis, voy á echar la red en vuestro nombre.* Fué extraordinaria la pesca; y atónito

S. Pedro, se arrojó á los pies del Salvador, diciéndole: *Señor, soy un gran pecador, y no soy digno de parecer en vuestra presencia.* Levantóle el Señor, y le dijo: *Ten confianza, y sígueme: quiero que sin dejar el oficio, le mejores; de aquí adelante serás pescador de hombres.* Hizo tanto efecto en el espíritu y en el corazón de nuestro Santo la gracia de la vocacion embebida en aquellas palabras, que en el mismo punto lo dejó todo; y dándole permiso su mujer, que ya era una gran sierva de Jesucristo, mereciendo en adelante la corona del martirio, jamás se apartó ya Pedro del Salvador.

En todas ocasiones se hizo distinguir el amor y la ternura que le profesaba. Atravesaba una noche el lago en compañía de los demás discípulos, y viendo que Cristo venia caminando á ellos sobre las aguas, impaciente Pedro por arrojarle cuanto antes á sus pies, le dijo: *Señor, mandadme que yo vaya tambien á vos sobre las olas, antes que entreis en el barco.* Ven, le respondió el Salvador: obedeció Pedro, saltó al mar con intrepidez; refrescóse un poco el viento; y como vió que se iba hundiendo, tuvo miedo, y exclamó: *Señor, salvadme.* Cogióle el Salvador por la mano, y le reprendió blandamente diciéndole: *Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?* Pero en medio de eso iba creciendo su fe al paso de su amor. Esplicó el Salvador en Cafarnaum á sus discípulos el misterio de la Eucaristia; hizoseles duro á muchos de ellos, entraron en desconfianza de su doctrina, y se retiraron. Vuelto entonces el Señor á los doce que habia escogido para apóstoles suyos, los dijo con entereza: *¿Y vosotros quereis tambien marchar?* Tomó Pedro la voz, y respondió á nombre de todos: *Señor, ¿adónde, ni á quién iremos? Solas vuestras palabras nos enseñan el camino de la vida eterna, y estamos bien persuadidos á que sois el verdadero Mesias.*

No fué esta la única pública confesion que hizo Pedro de su fe. Preguntó Jesus á sus discípulos, ¿qué se decia de él en Judea, y en qué reputación le tenia aquella gente? Respondiéronle, que unos le tenían por Juan Bautista resucitado, otros por Elias, otros por Jeremias, ó en fin, por alguno de los profetas. Y bien, les replicó el Salvador: *¿á vosotros quién os parece que soy?* Volvió Pedro á tomar la voz de todos, y con su genial viveza y acostumbrado fervor respondió: *Tú, Señor, eres Cristo, hijo de Dios vivo.* Y tú, Simon, hijo de Jonás, replicó el Salvador, *eres bienaventurado; porque esa importante verdad no te la reveló la carne ni la sangre: tan sublime conocimiento ni es ni puede ser efecto de la razon natural. Mi Padre celestial te iluminó para que supieses quién era yo; y ahora voy yo á enseñarte á ti*

lo que eres tú desde este punto. *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; á mi sombra serás su cimiento y su basa, no menos que su defensa.* En vano se armará todo el infierno contra ella: podrá combatirla con herejías, perseguirla con tiranos, y aun oprimirla en algunas de sus partes; pero el todo del edificio, cuya basa te constituyo desde ahora, jamás bamboleará. Todas las sectas que se levantarán en la serie de los siglos se fundarán sobre arena, porque no tendrán por fundamento á esta piedra. *Entregaréte las llaves del reino de los cielos; á aquellos á quienes tú abrieres las puertas, se les franquearán, y se cerrarán á los que tú se las cerrares;* porque la justicia del cielo confirmará las sentencias que tú pronunciaras en la tierra. Serás en ella mi vicario, y cuanto dispusieres en mi nombre será ratificado por mí. Convienen todos los padres en que desde este punto quedó Pedro constituido principe de los apóstoles, piedra fundamental de la religion, y cabeza visible de la Iglesia.

Crecia con la fe el amor que profesaba á Jesucristo. Cierta dia en que el Hijo de Dios declaró á los apóstoles como le era indispensable pasar á Jerusalem, y padecer en aquella ciudad las mayores ignominias, y sufrir muerte afrentosa, horrorizado nuestro Santo al oír esto, exclamó sin libertad: *¿Qué decis, Señor! No quiera Dios que tal suceda, ni que nosotros lo permitamos; pronto estamos á defenderos, aunque sea á costa de nuestras vidas.* Reprendióle el Salvador con severidad, diciéndole: *Apártate de mí, y no te pongas en mi presencia si has de hablar de esa suerte. Haces el oficio de Satanás, sin entenderlo, pues pretendes estorbar la obra de la redencion.* Bien sabia Jesucristo el amoroso principio de donde nacia este indiscreto zelo, y así cinco dias despues le escogió para testigo de su gloriosa trasfiguracion en el Tabor, donde deslumbrado el Apóstol con el resplandor de la gloria que arrojaba el semblante del Salvador, exclamó entre estático y gozoso: *¡Bello sitio es este! Aquí sí que debíamos estar.*

En todas ocasiones distinguia Cristo á nuestro Santo con algun especial favor. Dispuso que fuese él quien hallase dentro de un pez una pieza de cuatro dracmas para pagar al César el tributo en nombre de los dos; y cuando se acercaba el tiempo de su passion, despachó á Pedro y á Juan para que previniesen el cenáculo donde habia de celebrar la Pascua. Concluida la cena, queriendo el divino Salvador lavar los pies á sus apóstoles, comenzó por S. Pedro; pero lleno de confusion cuando vió á sus pies á su soberano Maestro, los retiró prontamente, protestando que jamás lo consentiria; pero amenazándole el Salvador con que no le

reconoceria por suyo si no se dejaba lavar, atemorizado Pedro con tan terrible amenaza, exclamó fervoroso: *¿Qué decís, Señor! No solo los pies, las manos y la cabeza me dejaré lavar de vos antes que desagradaros.* Contento el celestial Maestro con esta disposición, le dijo, que el demonio haría todos sus esfuerzos para derribarle; pero que él había hecho oración á su Eterno Padre, á fin de que jamás desfalleciese su fe, la cual, aunque alguna vez llegase á titubear con la tentación, presto volvería á fortalecerse mas que nunca, y le sobrarian fuerzas para alentar y para fortificar á sus hermanos.

Ningun discípulo profesó jamás amor mas encendido á su Maestro. Este abrasado amor le hizo prorumpir en aquella arrogante espresion; de que por lo menos él nunca abandonaria á su Maestro, aunque le abandonasen todos los demás, no obstante la profecía contraria que acababa de oír. Tardó poco en dar pruebas de su zelo, cuando al ver que en el huerto de las Olivas los soldados echaban mano de su Maestro, él la echó de su espada, descargó un golpe á Malco, y le derribó al suelo una oreja; bien que el Salvador le reprendió la acción, y curó milagrosamente al herido.

Preso el Pastor, se esparcieron las ovejas. Solo Pedro, en compañía de Juan, tuvo valor para seguir á Cristo hasta la casa de Caifás; pero reconocido y sindicado por uno de sus discípulos, cayó en la flaqueza de negar por tres veces que conociese á tal hombre. Acordóle su miseria el canto del gallo, como se lo había pronosticado el mismo Salvador. Fué inesplicable su arrepentimiento y su dolor; retiróse deshecho en lágrimas, y pasó tres dias continuos en amargo llanto, sin atreverse á parecer delante de gente.

Reparó su caída con dolorosa contrición; por lo que ni el discípulo perdió nada del ardiente amor que profesaba á su amado Maestro, ni el Maestro disminuyó un punto la ternura con que miraba á su querido discípulo; y así apenas resucitó, cuando se apareció en particular á S. Pedro. Esta particular ternura nunca mas la manifestó que en las tres preguntas que le hizo junto al mar de Tiberiades, pocos dias antes de su gloriosa Ascension á los cielos, preguntándole por tres veces á vista de los demás apóstoles, si le amaba mas que todos. Escarmentado Pedro con las caídas antecedentes, respondió sencillamente, que pues el mismo Señor conocia bien todas las cosas, ya sabia la pasión con que le amaba. *Apacienta mis corderos*, le replicó el Salvador, *apacienta mis ovejas*; con cuyas palabras, dice S. Agustín, confirmó á Pedro la primacía que le había conferido, encargándole el cuidado de todo su rebaño.

El primer uso de su dignidad que hizo S. Pedro fué proponer á los apóstoles la elección que se debía hacer de algun sugeto para llenar el hueco de Judas. Luego que el Espíritu Santo bajó sobre los apóstoles el dia de Pentecostés, Pedro, como cabeza de la Iglesia, predicó un sermón tan enérgico, tan elocuente y tan eficaz á la muchedumbre que concurrió á las puertas del cenáculo, que tres mil personas recibieron el bautismo. Entró despues en el templo acompañado de S. Juan, y encontrando á la puerta un pobre de cuarenta años, tullido desde su nacimiento, le mandó en nombre de Jesucristo que se levantara; hizolo al punto el tullido, y fué saltando de gozo por toda la ciudad, publicando á gritos la maravilla. A la fama de ella concurrió todo el pueblo á rodear á los apóstoles, y aprovechando Pedro tan bella ocasión, habló de Jesucristo con tanta elocuencia, con tanto espíritu y con tanta mocion, que en el mismo dia convirtió otras cinco mil personas.

Como estos prodigios hacian tanto ruido, no era fácil que durase mucho la paz de la recién nacida Iglesia. Fueron presos los dos apóstoles, y preguntados en nombre de quien habían hecho el milagro del tullido, respondió intrépidamente S. Pedro que en nombre del mismo Jesucristo, á quien ellos habían crucificado. Prohibióseles que no hablasen mas del tal Cristo, ni de su doctrina; á lo que respondió Pedro con una resolución que los dejó atónitos: *Considerad, señores, si será justo obedecer á vosotros antes que á Dios; el cual nos manda publicar la resurrección del Salvador; de que nosotros mismos fuimos testigos.*

Crecia cada dia el número de los fieles, y cada dia se mostraba Pedro mas poderoso en obras y en palabras. El que dos dias ha era un pobre pescador, idiota, rústico y grosero, hablaba ya como un gran doctor de la ley. Todas sus palabras eran oráculos; multiplicábanse en sus manos las maravillas; ponian los enfermos en las calles y en las plazas públicas, para que al pasar Pedro les alcanzase á lo menos su sombra, y al punto sanaban todos. Tantos prodigios necesariamente habían de poner en cuidado á los magistrados; mandáronle prender, azotáronle cruelmente, y Pedro no cabia de gozo viéndose digno de padecer estas afrentas por amor de Jesucristo.

Con ocasión de la horrible persecucion que se siguió á la muerte del protomártir S. Estéban, salieron los discípulos de S. Pedro á predicar el Evangelio fuera de los términos de Judea. Convertidos ya los de Samaria, pasó el Apóstol á aquella provincia juntamente con S. Juan, para comunicar á los fieles el Espíritu Santo, administrándoles el sacramento de la confirmación. Al

volver de Samaria entró en la ciudad de Lidia, y viendo á un paralítico, llamado Eneas, tendido en su cama, donde habia ocho años que estaba postrado, le dijo: *Eneas, el Señor Jesucristo te salva; levántate, y lleva áuestas tu cama.* Levantóse al punto Eneas, publicó el milagro juntamente con su autor, y recibió el bautismo toda la ciudad.

Repetíanse á cada paso los prodigios, y á cada paso se añadian nuevas conquistas á Jesucristo. Murió en Joppe una virtuosa viuda llamada Tabithes; llegó S. Pedro á esta ciudad dos dias despues de su muerte; hace oracion junto al cadáver á vista de casi todo el pueblo; manda á Tabithes que se levante en nombre de Jesucristo; abre los ojos Tabithes, levántase del ataud, y pide el bautismo toda la ciudad de Joppe. En esta ciudad tuvo Pedro aquella misteriosa vision en que Dios le manifestó que habiendo muerto su Hijo generalmente para todos los hombres, ningun pueblo ni nacion era escluida del beneficio de la redencion. Estaba un dia en oracion hácia la hora del mediodia, y arrebatado de repente en éstasis, vió rasgarse el cielo y que bajaba de él una cosa en figura de un gran lienzo, suspendido en el aire por las cuatro puntas. Observó que todo el lienzo estaba cubierto de toda especie de animales y sabandijas, cuadrúpedos, reptiles y volátiles, y al mismo tiempo oyó una voz que le dijo: *Pedro, levántate; mata y come.* No permita Dios, replicó Pedro, que yo coma cosa profana ni inmunda; pero la misma voz le replicó: *No lames inmundo ni profano lo que ya purificó el mismo Dios.* Volvió el Apóstol del raptó, y aun no comprendia bien lo que significaba la vision, cuando entraron en su casa los criados de un oficial, llamado Cornelio, romano de nacion, que mandaba un cuerpo de infanteria de la legion Itálica acuartelada en Cesaréa; y por la comision que traian conoció claramente el significado de la vision; conviene á saber, que tambien debia predicar la fe á los gentiles, pues no se habia hecho solo para los habitantes de Judea. Partió luego á Cesaréa; encuentra á Cornelio, que le esperaba rodeado de gente; predícalos á todos, instrúyelos, y aun no habia acabado de hablar, cuando bajó sobre todos el Espíritu Santo visiblemente en forma de un brillante resplandor. Siguióse el bautismo á la venida del Espíritu Santo, y volvió Pedro á Jerusalem contó á toda la Iglesia las misericordias del Señor, las que oidas por los fieles, todos glorificaron á Dios por haberse dignado de hacer participantes á los gentiles, como á los judíos, del don de la penitencia para la salvacion.

Á la vocacion de los gentiles se siguió muy de cerca el repartimiento que hizo el Espíritu Santo de los apóstoles, para que

fuesen á anunciar el Evangelio á todas las partes del universo. Tocóle á Pedro en aquella division anunciarle en la capital del mundo; y siendo Antioquia la capital del Oriente, dió principio por ella, fundando aquella Iglesia, donde los discípulos se comenzaron á llamar *cristianos* hácia el año 43 de la Encarnacion; pero S. Pedro mantuvo pocos años su silla en aquella ciudad: triste presagio, que pudo ser, de que algun dia faltaria en ella la fe, la que jamás habia de faltar en Roma, donde el Apóstol dió fin á su vida.

Despues de haber corrido una gran parte del Asia, anunciando á Jesucristo á los judíos espareidos por el Pontó, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, dió la vuelta á Jerusalem, donde se detuvo algun tiempo, y allí le buscó S. Pablo, poco antes convertido; para instruirse, por decirlo así, en la religion, y aprovecharse de sus luces.

Renovóse con mayor furor en Jerusalem la persecucion contra los fieles. Queriendo Herodes Agripa congraciarse con los judíos, quitó la vida al apóstol Santiago; y persuadido á que daria el mayor gusto á toda la nacion en hacer lo mismo con S. Pedro, que era la cabeza de los demás, le mandó prender; pero como era el tiempo de la Pascua, en que á ningun delincuente se podia castigar, dió orden de que se le guardase estrechamente en la cárcel, nombrando á este fin diez y seis soldados que de cuatro en cuatro se fuesen remudando, sin perderle nunca de vista. Era su intento quitarle la vida en pasando la Pascua, y regalar al pueblo con un espectáculo tan de su gusto; pero oyó Dios las oraciones de toda la Iglesia, y confundió al tirano; porque la noche antes del dia señalado á la ejecucion, el ángel del Señor se apareció en la cárcel, despertó á Pedro, cayéronsele las dos cadenas de que estaba cargado, abriéronsele las puertas de par en par, condujole el ángel hasta el fin de la calle; y desapareció. Fuése derecho S. Pedro á casa de María, madre de Juan Marcos, donde se habian juntado muchos fieles y estaban en oracion: llamó á la puerta; salió silenciosamente una doncellita, por nombre Rhoda, á saber quien llamaba; conoció al Apóstol por la voz, y fué tanta su alegria que en lugar de abrirle corrió apresurada á dar esta noticia á los de adentro: dijéronla que estaba loca; replicó ella: *Vuelvo á decir que es él, y que por la voz le conocí.* Mientras tanto proseguia Pedro llamando; abriéronle en fin, y ya se deja discurrir qué admiracion, qué gozo seria el de todos cuando le vieron, y mas cuando les contó por menor todo lo que habia pasado, y el milagroso modo con que estaba fuera de la cárcel y se veia libre de sus cadenas.

Después de este suceso corrió segunda vez el Apóstol casi toda la Judea y una parte del Asia para animar á los fieles con un santo fervor; y habiendo hecho todavía alguna mansión en Antioquía, pasó á Roma hácia el año 43, y fijó en ella su cátedra pontifical. *Dispúsole así la divina Providencia, dice S. Leon, para que aquella ciudad, que era cabeza del mundo, fuese tambien como el centro de la religion, y escuela de la verdad, despues de haberlo sido del error, quedando constituida por maestra de todas las demás iglesias de la tierra.* Luego que llegó, triunfó de todo el infierno junto por la célebre victoria de Simón mago. Era este famoso impostor un grande estorbo á los progresos del Evangelio en la ciudad de Roma con sus embustes y prestigios. Prometió al pueblo que en cierto día se habia de elevar hasta el cielo á vista de todos, en prueba de que era él mismo la virtud del Altísimo; hallóse Pedro presente al espectáculo, y con efecto comenzó Simón á elevarse por el aire, llevado y sostenido invisiblemente por los demonios, representándose á los ojos del inmenso concurso como si fuese arrebatado en una carroza de fuego, cuando Pedro se hincó de rodillas, y no bien dió principio á su oracion, cuando los demonios, que representaban aquella comedia, abandonaron la carroza, y cayendo Simón en tierra desde bastante elevacion, se rompió las piernas; y conducido á una casa inmediata, no pudiendo sobrevivir á su afrenta, se precipitó desde lo mas alto, y espiró en el mismo punto.

Desde Roma escribió S. Pedro su primera epístola á los fieles de Oriente por los años de 49, y la data es de Babilonia, porque así llamaba á aquella capital, que todavía era pagana; no obstante hacia en ella la fe maravillosos progresos por los desvelos del Apóstol y de sus discipulos. En la misma ciudad escribió S. Marcos su Evangelio, que aprobó S. Pedro para satisfacer la devocion de los fieles que habia en ella. A los tres ó cuatro años de su residencia en Roma se publicó el decreto del emperador Claudio para que saliesen de la ciudad todos los judíos. Partió Pedro á Jerusalem, donde presidió al concilio, en que se definió que la ley del Evangelio habia abolido la de la circuncision, cuyas decisiones llevaron á Antioquía S. Pablo y S. Bernabé. Concurrió tambien S. Pedro en aquella ciudad, y no tuvo reparo en mezclarse con los gentiles convertidos á la fe, comiendo con ellos, sin hacer diferencia de viandas; pero informado de que esto escandalizaba á los judíos, se abstuvo de hacerlo por mera complacencia. No le pareció bien á S. Pablo esta demasiada docilidad, y con santa libertad le representó que aquella condescendencia podia dar motivo á creer que todavía subsistia la obli-

gacion de observar la antigua ley. Rindióse S. Pedro á la advertencia de S. Pablo, *y el que era príncipe de los apóstoles, y cabeza de la Iglesia, dice S. Agustin, no se valió de su primacia; cedió su autoridad á su modestia.* No consideró, añade S. Gregorio, que Pablo era inferior á él, y admitió sin desden su reprehension: *Ecce à minore suo reprehenditur, et reprehendi non dedignatur.*

Restituido á Roma nuestro Apóstol, se dedicó á cultivar la viña del Señor que habia plantado, y que era ya el modelo de todas las iglesias, costándole este cultivo inmensos trabajos y fatigas. Pero no se encerraba dentro de los muros de Roma su pastoral solicitud, antes se dilataba á toda la universal Iglesia, á la cual escribió su segunda epístola, dirigida á todos los fieles en general. Afirman algunos santos padres que corrió todas las partes del mundo, despreciando los peligros y las persecuciones que le suscitaron los judíos y los gentiles. Dicese que desde Roma llevó él mismo el Evangelio á varias provincias de Europa; y cuando no en persona, se tiene á lo menos por cierto que lo hizo por medio de sus discipulos en varios reinos del Occidente. Muchas iglesias de Italia, Francia, España, Inglaterra, Africa, Sicilia, y de las islas adyacentes, conservan los nombres de sus primeros obispos, persuadidas á que fueron discipulos de S. Pedro.

Mientras Pedro trabajaba en Roma tan gloriosamente, llegó á ella S. Pablo con reciproco gozo de los dos; disponiéndolo así la divina Providencia, para que las dos mayores lumbreras del mundo cristiano terminasen su carrera en la capital del universo, y la ilustrasen con su glorioso martirio.

Los milagros que hacian en Roma uno y otro Apóstol encendieron la mas horrible de todas las persecuciones en el imperio de Neron. Huyendo de la tempestad salia un día el Apóstol para retirarse de Roma, cuando á la puerta de la ciudad encontró al Salvador como que iba á entrar por ella. No le hizo novedad la vision, por estar acostumbrado á muchas semejantes; y así le preguntó sin estrañeza: *¿Señor, adonde vais? Voy á Roma,* le respondió Jesucristo, *á ser crucificado de nuevo.* Comprendió muy bien el Apóstol lo que le queria decir; y ocurriéndole entonces á la memoria lo que el Señor le habia pronosticado antes y despues de su resurreccion, se volvió á entrar en la ciudad, y se dispuso para el martirio. El mismo día fué arrestado y conducido á la cárcel de Mamertino al pié del Capitolio, donde estuvo nueve meses, juntamente con S. Pablo, aumentando cada día nuevas conquistas á Jesucristo, porque fueron convertidos y hau-

tizados por S. Pedro dos de sus guardas, Proceso y Martiniano, con otras cuarenta y siete personas que estaban en la misma prision.

En fin, despues que nuestro Apóstol empleó toda su vida en dar á conocer, y en hacer amar á Jesucristo; despues de haber contribuido con tan inmensos trabajos á fundar y establecer la Iglesia en todo el universo, pero muy particularmente en la capital del mundo, vió finalmente acercarse el tiempo, tanto antes pronosticado por Jesucristo, en que otro le habia de ceñir, y le habia de conducir adonde naturalmente no querria. Sacaronle de la cárcel en compañía de S. Pablo; y ambos, despues de cruelmente azotados, fueron condenados á muerte, como cabezas de la religion cristiana. A S. Pedro le llevaron de la otra parte del Tiber al barrio de los judíos, en lo alto del Vaticano, llamado hoy *Montorio* ó *Monte de oro*. Querianle crucificar en el modo regular; pero consiguió de los verdugos que lo hiciesen fijándole en la cruz cabeza abajo, porque dijo no merecia ser tratado como su divino Maestro. A S. Pablo lo degollaron. Consumaron su sacrificio el dia 29 de junio hácia el año 68 de Jesucristo, habiendo gobernado S. Pedro la Iglesia de Roma veinte y cuatro años, cinco mesés y once dias. Fué sepultado el príncipe de los apóstoles en el Vaticano, y desde entonces fué su sepulcro, despues del de Jesucristo, el mas respetable y el mas respetado de todo el mundo cristiano; comenzando el culto de los dos apóstoles S. Pedro y S. Pablo en la tierra casi al mismo tiempo que dió principio su eterna felicidad en el cielo. Luego que el emperador Constantino dió la paz á la Iglesia, se vieron levantar suntuosísimos templos en todas partes á honra de los dos Santos. El dia 18 de noviembre celebra la Iglesia la dedicacion de las dos famosas basílicas, fundadas en Roma en honor de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, cuya construccion se atribuye al grande Constantino, y la dedicacion al papa S. Silvestre. La de S. Pedro, que es la del Vaticano, se reputa con razon por la mayor maravilla del arte que se registra en todo el mundo.

El célebre Pedro Canisio, de la Compañia de Jesus, llamado en estos últimos tiempos, no sin mucha razon, apóstol de Alemania, refiere ser tradicion confirmada en los anales de las iglesias de Colonia y de Tréveris, que S. Materno, enviado á Alemania por S. Pedro para anunciar en ella el Evangelio de Jesucristo, luego que convirtió á la fe un gran número de pueblos, erigió una iglesia entre Molsheim y Strasburgo en honor del santo Apóstol, que hasta el dia de hoy se llama *la Casa de S. Pedro*.

El mismo autor refiere que el evangelista S. Marcos erigió en

Alejadria una iglesia ó capilla en honor de S. Pedro, de la que hace mencion el papa S. Anacleto. Añade mas, citando á S. Clemente, que un tal Teodosio, hombre rico y muy piadoso, cedió su propia casa para que se convirtiese en iglesia á honra de san Pedro, viviendo aun el santo Apóstol, y que colocó en ella su cátedra pontifical.

Nota del traductor.

«Esta ereccion de los templos de Molsheim y de Alejadria, y aun mas el que se refiere edificado en Roma en honor de S. Pedro, viviendo aun y hallándose presente el santo Apóstol, tiene graves dificultades; cuyo exámen y decision dejamos al juicio de los sabios que tratan de este punto.»

Prudencio, poeta cristiano, que floreció en el cuarto siglo, hablando de la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, nota que en su dia celebraba el papa dos misas en Roma, una en la iglesia de S. Pedro y otra en la de S. Pablo.

Transtiberina prius solvit sacra pervigil Sacerdos.
Mox húc recurrit, duplicatque vota.

HIMNO.

| | |
|-------------------------------------|-------------------------------------|
| Decora lux Eternitatis, auream | La eterna Luz hermosa con ar- |
| Diem beatís irrigavit ignibus, | dores |
| Apostolorum quæ coronat Princi- | Este dia feliz ha iluminado, |
| pes, | Coronando de bellos resplandores |
| Reisque in astra liberam pandit | Los Principes del sacro Apostola- |
| viam. | do: |
| | Y franqueando á los reos la carre- |
| | ra, |
| | Que conduce á los gozos de la Es- |
| | fera. |
| Mundi Magister, atque cœli Ja- | El Maestro del mundo y el Por- |
| nitor: | tero |
| Romæ parentes, Arbitrique Gen- | Del celestial Alcazar, los sagrados |
| tium, | Padres de Roma, que del mas se- |
| Per ensis ille, hic per crucis vic- | vero |
| tor necem | Tribunal son los jueces señalados, |
| Vitæ Senatum laureati possident. | Este muriendo en Cruz, aquel á |
| | espada, |
| | En el Senado (*) logran hoy la en- |
| | trada. |

(*) En el cielo.
VI.